

Y la pobre joven se deshizo en lágrimas, repitiendo á través de sus sollozos:

—¡Esto debe terminar, sí, es preciso! Esta vez tendré el valor de marcharme de aquí.

La señora T... que por la manera de cerrar la puerta debía encontrarse tan agitada como su hija, no creyó oportuno hacer partícipe de sus emociones á un extraño, y me dejó sólo con Marta.

—Soy vuestro amigo y tengo derecho á vuestra confianza—la dije tratando de calmarla,—contadme lo que ha ocurrido.

—Apenas si yo lo sé: mi madre ha buscado una riña conmigo sin motivo, como otras mil veces lo ha hecho, y como lo volverá á hacer mientras viva con ella, ó más bien mientras Alfredo venga aquí.

—¡Qué! ¿también se ha mezclado su nombre en esta discusión?

—Sí, como siempre; me ha echado en cara ser muy coqueta con él, hacerme *toilettes* extravagantes para ser por él notada, y todo ello porque tengo hoy el vestido blanco que vos me decís que me sienta tan bien. ¡Pobre traje, qué malas intenciones te acusan! Y no tienes, sin embargo, más que una, bien inocente, la de ser agradable á mi amigo, añadió mirándome.

—¿De modo que soy yo la causa involuntaria de un disgusto tan grande?

—Sí—dijo sonriéndose á pesar de sus lágrimas;—pero consolaos; si no hubiese habido ese motivo se hubiese buscado cualquier otro pretexto.

—Vaya—la dije,—desarrugad el ceño, recobrad vuestra alegre sonrisa, y no estéis incomodada más tiempo con vuestra madre.

—Si no lo estoy; si soy feliz con veros, y ya estoy tranquila, ya lo veis. Pero—añadió con tristeza,—estas escenas se renovarán, y como no estaréis aquí para darme valor, tengo miedo de hacer alguna que sea sonada.

—¿Qué haríais?—la pregunté riéndome.

—¡Huir de aquí, por ejemplo!

—¿Y dónde iríais?

—A casa de mi tía.

—Y os volvería á traer á casa de vuestra madre, como es su deber.

—Entonces, me iría... no sé dónde, pero aquí no estoy mucho tiempo.

—¡No seáis niña! No conocéis la gravedad de tal acción, que podría haceros desgraciada para toda la vida. Felizmente no haréis nunca lo que decís. Adiós; estáis sola conmigo y debo abreviar mi visita; haced presente mis respetos á vuestra madre y marchad á abrazarla ahora mismo.

—¡Ah! me pedís demasiado, señor predicador—me dijo,—volved mañana y estaré más alegre.

V

Tuve que confesarme que me había enamorado de Marta, poco á poco, y sin sospechar-

lo. Proyectos de insurrección, y cólera sensata, todo en ella me agradaba; estaba por completo dominado por sus encantos y yo había jugado como un niño con mi reposo.

Me ha propuesto, me decía yo, su amistad á cambio de la mía, y he aceptado, como si entre ella y yo no pudiese mediar más que ese sentimiento. Con respecto á ella pudiera ser; esa niña loca no ha amado nunca, ignora lo que es amor; la basta llamarme hermano suyo, contarme sus penas, y verme de cuándo en cuándo. He hecho un mal negocio y es tarde para volver atrás.

Razonaba de este modo sin saber en realidad lo que pasaría en el corazón de Marta, que podría muy bien estar engañada sobre la naturaleza de sus sentimientos para conmigo.

Después de analizar los míos, quedé asustado del grave peligro que corría, y resolví huir de esta pasión sin salida, no yendo á casa de la señora T... sino muy de tarde en tarde, como cualquier visitante.

Pero es muy difícil romper costumbres que son agradables. Tuve que hacerme gran violencia y busqué emociones fuertes con que sustraerme y olvidar mi amor. Hice muy mal: el dolor sensato en vez de rechazar de sí los recuerdos y las imágenes capaces de aumentarlo, se alimenta con ellas, grita y se desespera; su propia fuerza se disminuye bien pronto y se extingue por fin, falta de alimentos. El dolor que se distrae, ó que cree distraerse, reaparece á lo mejor más fuerte, más violento que antes: aseméjase al fuego

oculto bajo la ceniza; arde sordamente, pero arde; quitad la ceniza, y las llamas brillarán más intensas que nunca.

Yo lo sé por experiencia propia; durante quince días conseguí aturdirme y no fui á casa de Marta; pero al cabo de ese tiempo mi energía me hizo traición, me abandonaron las fuerzas y me decidí á volver á casa de la señora T... cualesquiera que para mí fuesen las consecuencias de mi debilidad.

El día que tomé esta resolución, entré bastante tarde en mi casa. Así que me vió, la portera se dirigió á mi encuentro para decirme, con gran misterio, que una señora, diciéndose pariente mía, había preguntado por mí, á primera hora de la noche; que había insistido en esperarme, y no había tenido más remedio que hacerla aguardar en mi habitación. No traté de adivinar el misterio, y subí sin apresurarme; todo lo que no tenía relación con mi amor me era indiferente.

La llave estaba puesta en la cerradura, y abrí. Una bujía ardía sobre la chimenea; una mujer, con la cabeza oculta entre sus manos, se hallaba sentada en una butaca; me dirigí á ella y reconocí á Marta.

Ella estaba viendo y no lo creía; me parecía un sueño.

—¡Vos aquí!—exclamé cuando pude hablar.

—Sí—respondió con dulzura,—nosabía donde refugiarme, y he venido á pedir os protección; ¿no sois mi amigo, mi hermano?

—¡Es una locura que puede perderos!

—Lo sé—me dijo con resignación.

—¿Qué os ha sucedido?

—¡Me han echado á la calle!

—¿Por qué causa? ¿Cómo ha sido eso?

—En estos quince días que no habéis venido á verme, en lo que habéis hecho muy mal, porque yo pasaba los días esperándoos, he sufrido de todas las maneras posibles. No sé qué tendría mi madre, ni qué hayan podido hacerla; pero estaba conmigo más injusta que nunca. Yo, por el contrario, recordando vuestros consejos, tenía gran sangre fría y mucha paciencia, escuchando sus reproches sin responderla. Hoy me hallaba sola en el salón, pensando en vos, que me habíais abandonado, y temiendo que estuviérais enfermo; estaba muy triste, tanto que lloraba. De repente, entra Alfredo C... sin ser anunciado por nadie, me pregunta dónde está mi madre y le dije que había salido. En vez de marcharse, que hubiese sido lo mejor y lo más noble, porque no ignora lo que padezco por su culpa, se sentó y quiso trabar conversación conmigo. Para hacerle entender mi descontento, me puse al piano, y toqué haciendo el mayor ruido posible. Aproximándose entonces, me reprochó mi dureza para con él, me juró que me adoraba y que, si hacía la corte á mi madre, era por tener la dicha de verme todos los días. Estas palabras me indignaron, le mandé salir y no me obedeció. Quise encerrarme en mi cuarto, y me cogió del brazo, me suplicó que le escuchase y cayó á mis pies. En este momento entró mi madre y nos sorprendió en esa

situación. ¡Ya podréis adivinar la magnitud de su cólera, y sobre quién iría á recaer! Me dijo las cosas más atroces; que yo no era ya su hija, que no quería verme, que me marchase de su casa. Y salí de ella sin saber qué hacer, ni dónde ir, y maquinalmente me dirigí á la calle donde vive mi tía. Habíase marchado por la mañana, á sus posesiones. ¿Qué hacer entonces? Me acordé de vuestras señas y aquí me tenéis.

—Marta—la dije,—aún es tiempo, os voy á volver á llevar á casa de vuestra madre.

—¡Oh! no—dijo,—¡jamás!

—A casa de cualquier pariente vuestro, entonces, ¿no tenéis ninguno?

—No tengo á nadie más que mi tía, y no está en París.

—Pues á casa de una amiga vuestra, á casa de la señora de V... por ejemplo, que tiene una hija y que os tiene gran cariño.

Y al decir esto, miré el reloj, y comprendiendo que lo que la proponía era de difícil ejecución á tales horas, busqué cualquier otro medio de salir de aquel atolladero, pero no encontré ninguno.

—Marta—la dije,—por favor, tened valor; volved á casa de vuestra madre, haced este sacrificio por mí, si no lo habéis de hacer por vos misma.

—No, no—respondió,—exigidme todo lo que queráis, menos eso.

En presencia de tal resolución, no sabía qué partido tomar; temía que nuevas instancias por mi parte degenerasen en dureza de cora-

zón. Además los bellos ojos de Marta, inundados de lágrimas, me miraban de un modo tan suplicante, que mi energía me fué abandonando poco á poco. Sin embargo, quise hacer un esfuerzo supremo.

—Marta—la dije con tono resuelto que me costó gran trabajo aparentar;—yo no puedo teneros aquí, es preciso absolutamente que me sigáis; venid, pues, y la cogí de la mano.

—¡Oh!—exclamó soltándose,—no me amais, me he engañado, prefiero morir.

Y corrió hacia la ventana que estaba abierta.

La detuve y la cogí en mis brazos.

—¡No amarte yo!—la dije, teniéndola cogida,—¿cómo puedes tú creer eso? Es mi amor, por el contrario, lo que me hace insistir tanto tiempo en evitar tu pérdida.

La pobre niña no me oía; había pasado, en unas cuantas horas, por tantas emociones, que la dió un violento ataque de nervios. Se tiraba del sofá, donde la había echado, y golpeaba su cabeza contra el respaldo del mueble impidiéndome prestarla auxilio, porque sus manos agarradas á las mías, las apretaban con inaudita fuerza. Obligado á seguir sus movimientos convulsivos, tan pronto cubrían mi cara sus desparramados cabellos, como se apretaba contra mí, sintiendo los precipitados latidos de su corazón. De sus labios entreabiertos salían frases sin ilación, que el delirio dictaba.

—¡Quince días sin venir á verme—decía,—qué desgraciada he sido! No vivía...

no pensaba más que en él... ¡Le amo tanto!... ¡Edmundo! ¡Edmundo! ¡no me echés de tu lado! ¡ya lo ves, me moriría!

No tenía conciencia de lo que decía; había perdido la razón, y yo, poco á poco, también llegué á perderla.

VI

Cuando amaneció, y Marta, vuelta en sí, vió armas, libros, muebles extraños, en vez de las blancas cortinas de su ventana, del retrato de su padre sonriéndola, en su marco dorado, del Cristo de marfil á quien dirigía su primer mirada y su primer pensamiento, creyó estar soñando.

Pero el recuerdo de lo que había ocurrido la víspera, vino á presentarse de pronto en su horrible desnudez; midió el abismo en que había caído, y, ocultando la cabeza entre las manos, se deshizo en lágrimas.

Me separé de su lado, comprendiendo que aquel dolor necesitaba de la soledad para darle rienda libremente; y necesitaba también reflexionar para adoptar un plan de conducta en mi nueva é imprevista posición.

No es posible—me dije,—que la señora T... haya arrojado á su hija de su casa para siempre. Dueña ya de sí, la buscará; ¿qué pen-

sará de su desaparición y hacia dónde habrá dirigido sus pesquisas?

A un amigo mío, de cuya discreción tengo pruebas, y que por sus buenas relaciones con la señora T... podía ponerse con facilidad al corriente de todo, le di el encargo de que supiese la verdad. Después me fui á casa del único pariente que tengo, el tío de que te he hablado. Cuando llegué, estaba almorzando, me recibió con su cordialidad habitual, y no habiendo aceptado su invitación para que le acompañase, me dió un cigarro y me dijo que le refiriese algo nuevo.

—A eso vengo, le respondí.

Le conté mi presentación en casa de la señora T..., mi amor por Marta, no perdonando el más mínimo detalle, y acabé por darle cuenta del suceso que me había ocurrido la noche antes.

—Pues te doy mi enhorabuena—me dijo alegremente, y, levantándose de la mesa, me condujo al salón.

Ya en él le hice observar que mis confidencias no debía atribuir las ni á una loca vanidad, ni al deseo de obtener su felicitación tan sólo; había querido ilustrarle sobre mi verdadera situación para que pudiese darme consejos con conocimiento de causa y comprender los proyectos que había formado. Entonces me escuchó seriamente. Cuando le hablé de mi deseo de casarme con Marta, para devolverla la posición que en la sociedad había perdido ó iba á perder, me trató de loco, y me dijo que tuviese á mi lado todo el tiem-

po que quisiese á Marta, que á eso no se oponía como tío mío que era, pero que no le hablase nunca de casarme con ella. Después tiró de la campanilla, pidió el coche, me despidió amigablemente y se fué á la Bolsa, según costumbre diaria.

Ya me esperaba esta negativa, y si había dado este paso, era por quedar bien con mi conciencia, y porque lo creí un deber. Aunque Marta hubiese sido mil veces más hermosa, lo mismo la hubiese condenado mi tío, por ser pobre.

Tratábase ahora de saber si podría yo casarme sin su consentimiento, y si tenía derecho á cambio del nombre que daba á Marta, de condenarla á toda clase de privaciones, en el caso probable en que dejase mi tío de darme la pensión que me tenía señalada. Me pareció lo más prudente conservar esta protección, y dejar al tiempo el cuidado de procurar el cambio en nuestra situación.

El amigo á quien había dado el encargo de adquirir informes, acudió á la cita conmigo convenida. La señora T... á quien había ido á ver, y á la que había pedido noticias de Marta, se había desatado en recriminaciones contra su hija, quejándose de su mal carácter y de sus arrebatos continuos.

—¿Podréis creer—le dijo,—que ayer, tomando al pie de la letra las palabras que la he dicho en un momento de cólera, se ha escapado de casa?

—¿Y no sabes dónde está?

—No debiera haberme ocupado de ella, pero

para tranquilidad mía, he enviado á buscarla á casa de su tía, y he sabido que había ido allí á preguntar por ella, y no estando en París, se había marchado al campo á buscarla. Mi hermana, con quien no estoy en buenas relaciones, siempre la ha dado la razón en contra mía; en otras ocasiones la retenía á su lado muchos días; que se la guarde, si quiere, semanas enteras, á ver si viene más sumisa y varía de carácter.

El error que padecía la señora T... y que se explica por haber estado Marta en casa de su tía, antes de ir á la mía, me hizo concebir la esperanza de que mis amores no se verían turbados por nada en mucho tiempo. No atendiendo sino á mi egoísmo, resolví tenerlos ocultos para que la señora T... no pudiese descubrirlos, el día que cualquier accidente la hiciese perder la tranquilidad de espíritu que ahora gozaba, gracias á su equivocación.

Cuando volví ya no lloraba Marta; se arrojó avergonzada en mis brazos, sin preguntarme el motivo de mi ausencia, comprendiendo que me estaría ocupando de ella. La dí cuenta de lo que había sabido, y la propuse que viviese en compañía mía.

—Yo no tengo familia— me respondió,—tú eres el único que me quiere, tus deseos son los míos. Ya no soy Marta de T..., soy tu Marta tan sólo.

Al día siguiente salimos para Aulnay.

VII

Viniendo de París, después de dejar á la izquierda á Bourg-la-Reine y Sceaux, se encuentra este precioso pueblecillo, rodeado de frondosas alamedas. El piso ha sido reemplazado por una arena amarillenta, suave para los pies como el césped, y sus casas de madera, semejando *chalets* suizos, están recubiertas de clemátidas y rosas. Desconocido para los paseantes aristocráticos, Aulnay permanece silencioso y desierto toda la semana, y el domingo se anima, día que la clase media parisién invade sus bosques y sus paseos, sus gabinetes al aire libre y su famoso árbol de Robinson, cuyas colosales ramas ofrecen hospitalidad á muchos visitantes.

En un extremo de este pueblecillo, alquilé una pequeña habitación, de modesta pero risueña apariencia. Los cuartos no eran muchos y se daba con gran facilidad la vuelta al jardín; pero los campos que se extendían al pie de las ventanas, los bosques que empezaban junto á los muros de la casa para no terminar hasta Fontenay-aux-Roses, ofrecían los más alegres horizontes y los más hermosos paseos.

La señora T..., como muchas mujeres que estriban su dicha en obtener la admiración

en los salones, no había tenido nunca afición al campo, prefería durante el verano ir á cualquier punto donde hubiera baños de mar, á donde París entero se transporta con su brillantez, sus intrigas y sus orquestas. Por eso, Marta, para quien la vida campestre era una novedad, sintió infantil alegría los primeros días de su permanencia en Aulnay; corría de un lado á otro, batía palmas de contenta, se asombraba con adorable inocencia y se sonreía con todo, con los pájaros, con las flores, con el sol; á los diez y ocho años, para olvidarse del pasado y no pensar en el porvenir, basta un poco de alegría y otro poco de amor.

¿Y cómo había de ser de otro modo, si yo olvidaba lo que nuestra posición tenía de incierta y de falsa? Y es claro, los primeros días de una unión cualquiera con una joven inocente y pura, tienen seducciones irresistibles, ante las cuales desaparecen penas é inquietudes. Plácele á uno observar aquellas mejillas siempre dispuestas á ponerse encarnadas, sus labios temblorosos, aún incapaces de hablar de amor, sus ojos un poco entornados y soñadores, sus caderas nacientes, que sin dar idea aún de la mujer, no son tampoco las de una niña. Entonces aquella á quien la timidez y la educación habían hecho parecer muda, que no se atrevía á dar vuelo á sus encantadores pensamientos, consiente en hablar y da rienda suelta á ricos tesoros de observación que tenía cuidadosamente ocultos: sus ojos bajos ven todo lo que desean ver; sus discretos oídos oyen hasta hartarse; su talento, que se

creía escaso, comprende con medias palabras no más. Después os cuenta extensamente la historia de su corazón; la coquetuela trata de probaros que ha sentido inclinación por alguien distinto que vos, é inventa cualquier bello enamorado para señalarle á vuestros celos retrospectivos; pero, no teniendo éxito alguno, pasa á las impresiones que á uno mismo se refieren, y os cuenta poniéndose encarnada, por qué y cómo habéis llegado á serla agradable.

Así me confesó Marta haberme amado desde el día que me manifesté propicio á participar de sus penas; me refirió también su emoción en cuanto me veía, sus esfuerzos por ocultarla, sus temores de no ser correspondida, su despecho cuando no me ocupaba de ella. Y al escuchar sus confesiones llenas de juventud y de frescura, las sombras del porvenir desaparecían; no veía yo otra cosa sino que tenía al lado mío una mujer joven, bella, enamorada, que satisfecha con su vida actual me prohibía ocuparme del porvenir.

Verdaderamente había rodeado mi felicidad de infinitas precauciones para prolongarla y hacerla tan completa como fuese posible, todo el tiempo que estuviese destinado á gozar de ella: era imposible que fuese descubierto nuestro retiro; de tanto misterio habíamos rodeado nuestra marcha de París; tenía dinero suficiente para sufragar por largo tiempo nuestros modestos gastos y verme libre de inquietudes materiales, incompatibles con el amor; en una palabra, nada que nos recorda-

ra las exigencias del mundo y la realidad de la vida, debía inquietarnos.

Era un verano magnífico; nuestra casita, fresca y alegre, nuestras flores, abriendo atrevidamente sus cálices al sol, y hasta un nido de ruiseñores habían elegido para domicilio los tilos que había en el fondo del jardín. Nos levantábamos muy temprano, y empezábamos á través de los campos lo que nosotros llamábamos nuestro paseo botánico. Marta, ignorante como buena parisién, de todas las faenas del campo, no sabía el nombre de ningún árbol ni de ninguna planta, y cometía equivocaciones chistosísimas. Sin conocerlas yo mucho mejor, me burlaba de ella y pretendía instruirla; pero la indómita discípula ponía en duda mi saber y se dirigía en busca de noticias más exactas á cualquier campesino que encontrásemos trabajando.

—Buen hombre—le decía,—¿esa tierra está sembrada de trigo?

—¡Nones!—decía el labriego,—es la avena del tío Mateo.

—¡He ganado!—exclamaba yo victoriosamente.

—¡Por casualidad!—decía Marta, haciendo un gesto.

Y daba las gracias al campesino, que no dejaba nunca de añadir al verla marchar:

—¡Vaya con Dios, señora!

Este calificativo que la daban en Aulnay porque nos creían casados, la hacían enrojecer. ¡Pobre niña! Esa palabra que las jóvenes los primeros días de su matrimonio no la

oyen sin experimentar un sentimiento de orgullo y de placer, la parecía un reproche, casi una afrenta, en la posición en que se hallaba con respecto á mí.

Al volver á nuestra casa almorzábamos, y mientras yo me paseaba por el jardín, Marta empezaba á hacerse la *toilette* diaria, que consistía en un sencillo traje de muselina ó en inventar algún nuevo peinado. En este último detalle daba muestras de mucho gusto; era la única coquetería, el medio infalible de seducirme.

Las horas más calurosas del día las consagrábamos al estudio, es decir, á la lectura de algún libro favorito. Marta, sentada á mi lado, tenía en la mano algún interminable bordado, y pretendía trabajar mientras me escuchaba; pero apenas abría yo el libro y empezaba á interesarnos, veía yo estirarse su cuello, animarse su fisonomía, dejar caer la obra de sus manos y permanecer ociosas é inactivas.

Habíamos encontrado en un rincón un clavicordio antiquísimo, oculto sabe Dios cuánto tiempo bajo un tapete verde; hicimosle transportar al salón, y Marta se entretenía en sacar sonidos que, si nos desgarraban muchas veces los oídos, nos ponían de buen humor. Con frecuencia una nota chillona y discordante, inmediatamente seguida de nuestras careajadas, venía á interrumpir algún precioso trozo de ópera, y otras veces, Marta aparentaba conservar su seriedad, se empeñaba en tocar á pesar de mi gritería y sostenía que el piano